



HISTORIAS
PROHIBIDAS

ABILIO MILLA FAYO

HISTORIAS PROHIBIDAS

(Ahora o nunca)



Primera edición: julio de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Abilio Milla Fayo

© Edición: Adrián Naranjo (www.adriannaranjo.com)

ISBN: 979-13-87814-34-2

ISBN digital: 979-13-87814-35-9

Depósito legal: M-11702-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

He llegado demasiado lejos y ahora no sé cómo volver.

ELVIS PRESLEY

EL AUTOR

Dedicado a Héctor, Paula, Maggie, a mi familia y al resto de flora y fauna, metafórica y literalmente hablando, hierbas psicotrópicas, raíces alucinógenas y demás animales salvajes como el lobo y el leopardo, que me hacen sentir eufórico y libre, y me ayudan a encontrar las puertas escondidas de la mente en donde radican los pensamientos más ocultos.

Sin todos ellos, unos en mayor medida que otros, no habría tenido la suficiente inspiración para parir, sin anestesia general, ni siquiera epidural, esta obra que os va a hacer compañía a partir de ahora y también deseo que os haga pasar un rato inolvidable porque sin vosotros nada de esto tendría sentido.

EL AUTOR	9
LA ISLA DE WIGHT	13
MENSAJE EN UNA BOTELLA	51
EL DÍA DESPUÉS	79
LA CHICA QUE RECHAZÓ A MICK JAGGER	89
NACIDO PARA LOS NEGOCIOS	125
¡VIVAN LAS VEGAS!.....	147
HUIDA, SURF Y <i>ROCK AND ROLL</i>	201
EL <i>ROCK</i> DE LA CÁRCEL	227
REGRESO A LA ISLA DE WIGHT	249
METIDO HASTA EL CUELLO	269
BARES, QUÉ LUGARES	277
MALAS NOTICIAS	299
ADIÓS, AMIGOS	331
UN DÍA DISTINTO	361
LINDA TIENE UN SECRETO	379
LA DECISIÓN FINAL	399
AGRADECIMIENTOS	417

LA ISLA DE WIGHT

Era la gota que había colmado el vaso. Ya no había vuelta atrás. La decisión estaba tomada. Mi intuición me alertó de que ese era el momento de tomar una determinación definitiva y romper con todo para poder iniciar una nueva vida y alcanzar esa libertad que yo siempre había ansiado y que nunca, por un motivo u otro, había llegado a disfrutar plenamente.

Qué mejor oportunidad para desempolvar mi codiciado Cadillac Fleetwood rosa del 55, que había comprado años atrás a un coleccionista de coches antiguos y que solo lo utilizaba en ocasiones muy especiales. Estaba claro que Elvis y yo teníamos gustos parecidos, aunque más bien él era la gallina de oro y yo el puto huevo.

Me subí a mi flamante Cadillac, lo arranqué y puse el radio al máximo volumen, mientras me dirigía al puerto para coger el ferri. Comenzó a sonar esa mítica canción de The Doors «Break on through to the other side». La letra de la canción parecía algo premonitorio de lo que estaba a punto de ocurrir. Estaba a un paso milimétrico de romper con todo y viajar rumbo a lo desconocido.

Pues bien. Me dirigí en ferri desde mi ciudad, Hobart, en la isla de Tasmania, hasta Melbourne, donde guardé

mi Cadillac en una cochera que había comprado años atrás en el centro de la ciudad como inversión y de la que nunca había llegado a hacer uso. De allí cogí un tren para llegar a Sídney, donde tomé el primer avión. Me esperaban varias escalas hasta llegar a mi destino.

A partir de este momento, dejaba atrás mi pasado para abrir un nuevo futuro lleno de esperanza y nuevas oportunidades por descubrir. Lo había dejado todo, mi trabajo, a mis amigos y, por supuesto, a mi pareja, y tenía claro, cristalino, que ya no había vuelta atrás.

Con gran valentía y determinación estaba dispuesto a tomar las riendas de mi vida y no dejarme llevar por los intereses de los demás. Merecía algo mejor de lo que había tenido hasta ahora. Ya no me quedaba familia y todo lo demás siempre es reemplazable. Además, necesitaba volver a vivir la vida intensamente, sentir que estaba vivo y aprender de las nuevas experiencias que estaban por llegar. Como decía Mahatma Gandhi: «Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir para siempre».

Después de un número interminable de horas de viaje —prefiero no rememorar las múltiples escalas y transbordos con exhaustivo detalle, por no perturbar mi frágil salud mental—, al fin, aterricé en Londres y nada más llegar, me dirigí a una ventanilla con el fin de comprar un billete de tren hasta Portsmouth. El siguiente paso lo di cuando llegué al puerto y compré el último pasaje de esta larga travesía con destino a la isla de Wight.

Aquello más que un viaje parecía una yincana, por la cantidad de pruebas y obstáculos que tuve que pasar a lo largo del recorrido con el fin de poder llegar lo antes posible

a mi destino final. Pero, como decía Nicolás Maquiavelo: «El fin justifica los medios» y en este caso más que nunca porque yo tenía una fe ciega en el destino y este había decidido que viajara hasta aquel recóndito lugar.

Para ser totalmente sincero, he de confesar que no tenía ninguna referencia previa sobre la isla en cuestión, pero durante el largo viaje desde Tasmania, me fui informando sobre el sitio al que me dirigía.

Descubrí que era un lugar con poca extensión —las mejores esencias se suelen encontrar en frascos pequeños—, muy tranquilo, poco turístico, con importantes zonas de montaña y atractivos acantilados, lugar de vacaciones de la realeza británica y que tuvo su máximo apogeo en los años sesenta por la celebración de festivales de música donde actuaron grupos tan míticos como Jimi Hendrix, The Doors, The Who, Bob Dylan y demás estrellas del universo musical de aquella época. Grupos a los que, hoy en día, más de una persona, y de dos, darían cualquier cosa por haber visto en plena efervescencia de sus carreras musicales y, sobre todo, en el contexto sociocultural en el cual se desarrollaron sus actuaciones.

El lema del condado de Wight es: «Toda esta belleza es de Dios» y la verdad es que, según dicen, al visitar la isla es cuando se puede apreciar que, sin la mano de Dios, la naturaleza que se puede admirar allí no existiría. El entorno natural es extremadamente atractivo y muy diverso, contando con costa, acantilados y zona boscosa en muy pocos kilómetros de extensión.

¿Por qué Wight y no cualquier otro lugar? Por puro azar, donde la suerte o el destino o el espíritu de Elvis decidió que fuera.

¿Y cómo lo decidí? Pues me puse delante de un globo terráqueo que tenía en la mesilla de mi habitación a modo de lámpara de lectura, lo hice girar setenta y siete veces en el sentido de las agujas del reloj —las dos últimas cifras de la fecha de la necrológica del rey—, y con los ojos cerrados coloqué suavemente el dedo índice sobre la superficie del globo hasta que este dejó de girar y se detuvo totalmente.

Cuando me dispuse a abrir los ojos, tenía mi dedo señalando a la isla de Wight. Era la primera vez que había oído el nombre de aquella isla, pero nada me iba a detener porque allí pensaba comenzar mi nueva singladura en solitario, mi nueva etapa vital. A fin de cuentas, yo también había vivido toda mi vida en Tasmania, por lo que conocía las ventajas e inconvenientes que tiene el vivir en una isla. Además, en aquel recóndito lugar, hablaban el mismo idioma y, quizás lo más importante de todo: no me iba a cruzar nunca con Noah ni ninguna de mis antiguas parejas.

En esta ocasión, dejé mi destino en manos del azar y esperaba que esta vez la suerte estuviera de mi parte. Como afirmaban los Rolling en su álbum publicado en enero del año 1965, *Time is on my side*, el tiempo está de mi lado, o al menos eso quería pensar.

Era algo que solía hacer cuando no tenía las ideas claras, encomendarme al destino, y hasta ahora casi siempre había tenido la suerte de cara. Y cuando no me había ido bien, por lo menos no me autoculpaba porque la decisión no la había tomado yo, la había dejado en manos del trébol de cuatro hojas, el trébol de la suerte.

Pues bien. Después de dos horas y media de tren, me subí al último ferri que une el continente británico con

el insular, concretamente desde Portsmouth y, después de unos veinticinco minutos de travesía conseguí llegar a la isla de Wight, y en ella a un pequeño pueblecito llamado Ryde.

Desembarqué en tierra firme y, antes de comenzar a caminar por un largo embarcadero que parecía que desembocaba en el paseo marítimo del pueblo, me arrodillé para besar el suelo en señal de saludo y respeto a mi nueva tierra de acogida.

Durante el trayecto hacia el paseo marítimo, me entretuve mientras observaba detenidamente un antiguo tren que unía el embarcadero de llegada del ferri con ese pequeño pueblo costero.

Aparentaba ser un tren muy antiguo, del siglo pasado, pero al parecer lo habían remodelado con fines turísticos. Imaginé que estaría en servicio o igual lo tenían allí parado como reclamo turístico, ya que mucha gente se agolpaba alrededor de él haciéndose fotos desde todas las perspectivas posibles, buscando la mejor instantánea.

Su localización incitaba a que todos los que pasaban por allí sacaran provecho de los disparos de sus cámaras de fotos y las pudieran exhibir orgullosos en todas las plataformas digitales.

Seguí caminando hacia el paseo marítimo y, sorprendido, contemplé los efectos de la bajamar sobre el paisaje, dejando a un lado el mar y a otro lado las lagunas que se habían formado por la bajada del nivel de la marea. Qué postal más atractiva para aquel que sintiera cierta admiración por los caprichos de la naturaleza. Me incluyo entre los que valoran la transformación de los paisajes naturales de forma espontánea, sin que meta la mano el

hombre para transformar el medio a su antojo con fines meramente económicos.

Miré a lo lejos y divisé unos soportales que me atrajeron por su intenso colorido y por la exquisitez de sus pinturas, que seguramente representaban algunos dibujos murales sobre la vida cotidiana en esta pequeña isla. Los miré, *grosso modo*, de forma panorámica, sin fijarme demasiado en lo que representaban porque me invadió el cansancio después de tantas horas de intenso viaje.

Después de contemplar las pinturas náuticas que se representaban en aquellas paredes, decidí dejar la mochila en el suelo y tumbarme con mi cabeza bien apoyada en ella para poder descansar durante un rato. Estaba muy cansado, casi exhausto, y necesitaba reponer con urgencia la energía que había liberado indiscriminadamente durante el largo viaje.

Desplegué sobre el suelo de aquel sombrío lugar mi desgastado y raído saco de dormir de mi época *hippie*. Bajo el silencio del atardecer y el graznido de unas escandalosas gaviotas hambrientas, me sumergí en el oscuro, a la vez que incierto y desconocido, mundo de los sueños.

No habían pasado ni cinco minutos desde que me dispuse a cerrar los ojos, o al menos eso me pareció a mí, cuando de repente una tormenta eléctrica comenzó a descargar toda su furia contra la isla, seguida de un importante aguacero que escuché cómo se cebaba con violencia sobre el suelo, haciendo que, de un brinco, cambiara mi posición supino fetal por la bípeda erguida, para adaptarme en plan *Homo sapiens sapiens* a aquella circunstancia y, así, evitar morir ahogado por la lluvia torrencial y el imponente viento ciclónico que comenzaba a azotar con fuerza ese lugar.

El tiempo había cambiado de forma drástica, sin preaviso. La tarde había comenzado siendo idílica, con sol y mucho calor, y se había transformado de forma radical, exhibiendo en cuestión de pocos minutos toda la furia de la naturaleza.

De todas formas, creo que esa tormenta fue providencial porque, de haberme quedado más tiempo durmiendo en aquel lugar, la pleamar de la mañana me habría desayunado y habría perecido bajo sus aguas, para dormir eternamente sobre el fondo del mar con Bob Esponja, mítico personaje de dibujos infantiles, y habría pasado a formar parte de esa gran familia marina. Lo digo irónicamente, claro está, aunque la realidad siempre supera a la ficción.

En estado de alerta, sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirme con el fin de resguardarme de tan adverso clima y calándome como una esponja bajo el mar, divisé a lo lejos, entre la intensa lluvia que en estos momentos azotaba la isla, a una preciosa chica joven que deambulaba solitaria por el paseo marítimo.

Vestía un llamativo vestido largo, muy colorido, que le llegaba hasta los pies y unas botas camperas providenciales para evitar mojarse los pies por los charcos que se estaban formando debido al sorprendente aguacero. Llevaba totalmente cubiertos sus ojos con unas grandes gafas metálicas doradas con forma redonda. La montura de las gafas era del mismo tono amarillo que su pelo, con unos cristales claros de color rojo.

La chica en cuestión andaba al galope con su paraguas, como si de un bello caballo percherón se tratara, seguramente intentando encontrar lo antes posible un lugar donde resguardarse de las inclemencias climáticas.

A simple vista, parecía una atractiva sirena que acababa de salir de las profundidades del océano, con su largo cabello rubio que brillaba como el oro recién extraído de la mina, una tez blanquecina casi pálida, y unos ojos azules brillantes que se podían adivinar a través de la poca claridad que dejaba pasar el cristal de sus gafas de sol.

En un principio, mi subconsciente imaginó que ese bellezón venía directamente a por mí, a rescatarme de la lluvia cual ángel de la guarda. La chica poseía toda la belleza que tienen las sirenas y, posiblemente, lo único que la diferenciaba de ellas es que no parecía tener escamas, ni cola de pez. Me recordaba a ese tipo de chicas a lo Marilyn Monroe, que lo único que se ponía para dormir era colonia, o al menos eso imaginé yo al verla en mi mente algo calenturienta.

Conforme se acercaba a mí me venía a la memoria aquel temazo de Elvis: «You're the Devil in Disguise»: «Parece un ángel, camina como un ángel, habla como un ángel, pero me hice sabio, eres el diablo disfrazado. ¡Oh! ¡Sí lo eres! El diablo disfrazado...».

Sin más dilación, decido atraer su atención con mi arma más eficaz y juguetona, y no es lo que estarán pensando las mentes más calenturientas. Me refiero a mi atractiva sonrisa. Resuelvo acercarme a ella y, sin más demora, le digo:

—Perdone, bella señorita. ¿Hacia dónde me tengo que dirigir para buscar alojamiento? No conozco la isla, acabo de llegar y me gustaría encontrar algún sitio donde poder alojarme durante unos días y con esta climatología cualquiera se aventura a dar vueltas hasta encontrar un lugar

decente donde resguardarse, porque he venido un poco a la aventura y no tengo alojamiento reservado.

Acababa de improvisar un pequeño discurso en busca de algo de ayuda, aunque realmente le había soltado un extenso rollo inicial, dándole unos detalles que eran innecesarios, pues no la conocía de nada.

Está claro que por encima de todo quería llamar su atención y tener un motivo convincente para conseguir acercarme algo más a ella con el fin de transmitirle cierta confianza. Es más, cuando estuve a escasos centímetros de ella, me cautivó su dulce aroma a colonia intensa con toques frescos de vainilla y canela, que me recordaron a ese olor del paquete de galletas recién destapado en mis contundentes y copiosos desayunos matutinos de la tierna infancia.

Quizás presté demasiada atención en ese detalle por deformación profesional, después de estar tantos años trabajando como perfumista en Tasmania. He de reconocer que ese olor me cautiva, me conquista, me apasiona, es algo que no puedo evitar, es de mis olores favoritos. Aunque ella no fuera consciente en ese momento, ya me había conquistado, además de con su atractiva belleza, con las intensas notas de ese perfume embriagador.

En un primer momento, ella me miró con desconfianza y lo primero que pensé es que iba a ignorarme y continuar su camino, sin hacerme caso alguno, desechando mis palabras, pero, ante mi sorpresa, se detuvo y, con cara de asombro, me regaló una bella sonrisa.

De forma casi instantánea, se acercó más hacia mí con la intención de protegerme de la lluvia con un paraguas familiar de intensos colores, que por su gran tamaño

parecía más bien un platillo volante que había comprado a juego con su colorido vestido.

—Hola, buenas noches. Por supuesto, si quiere le puedo indicar dónde podría alojarse esta noche.

—Estaría encantado de que me ayudara —respondí.

Casi sin dejarme terminar, de inmediato me dio de manera pormenorizada todas las explicaciones del lugar donde me podía resguardar del intenso aguacero que había sorprendido a propios y extraños.

—Siga toda esta avenida principal y en la primera calle gire a mano derecha. Suba por la cuesta durante unos diez minutos y después de pasar cuatro manzanas habrá llegado a un hotelito que se llama Rock & Waves, donde podrá encontrar habitaciones a muy buen precio. Por cierto, si quiere, puede decirle al chico de recepción que va de parte de Linda. Seguro que le atenderá de forma exquisita y, quizás, hasta le podrá hacer un buen precio. Que la suerte y la fuerza le acompañen, caballero.

—La fuerza está siempre conmigo y, por lo que se ve, la suerte también, al haberla encontrado para que me ayude —le contesté.

Ella volvió a sonreír y yo me quedé inmóvil mientras observaba cómo se alejaba por el paseo marítimo, entre la lluvia y la oscuridad del atardecer.

Lo más probable era que se dirigiera a su casa para resguardarse de la intensa lluvia que no cesaba o quizás tuviera alguna cita con sus amigas o con su pareja. Son incertidumbres que entretienen a la mente y a veces juegan malas pasadas.

Para ser sincero, me jodió mucho que me hablara de «usted» durante toda la breve conversación que

sostuvimos porque ni yo era tan mayor ni ella tan joven. Quise pensar que lo hizo por educación o por establecer cierta distancia con alguien a quien no conocía de nada ni sabía sus verdaderas intenciones.

De lo que no tuve ninguna duda desde que apareció ante mí fue de que la chica era tan guapa que, como diría mi amigo Tommy, le habría hecho gemelos hasta que salieran impares. Cualquier ser vivo heterosexual con un mínimo de deseo sexual podría corroborar lo que digo. Aquella chica era, indiscutiblemente, maravillosa, y después de cruzármela me sentí un hombre afortunado porque, sin visitar la sastrería, pensaba que había encontrado en ella un traje a mi medida.

Aunque, seguramente, el destino quiso que nuestro encuentro fuera fugaz, yo presentí desde aquel mismo instante que la volvería a ver y, sin estar basada esta historia en la película *Casablanca* ni pretenderlo, aquello podría ser el principio de una gran amistad.

Después de aquel agradable encuentro fortuito y siguiendo las precisas indicaciones que me detallara Linda —así es como me dijo que se llamaba—, me dirigí hacia el alojamiento que me había recomendado. Era novato en la isla y qué mejor opción que ir recomendado por alguien para que te abran pronto las puertas de cualquier lugar.

Llegué al hotel indicado y, aunque continuaba lloviendo intensamente, aun así me detuve un rato enfrente de aquel edificio con el fin de admirar el ostentoso, llamativo y a la vez grandioso cartel que presidía su entrada. La carta de presentación de aquel pequeño establecimiento era una guitarra iluminada de gran tamaño, tipo Mosrite, donde aparecía el nombre del hotel, Rock & Waves.

Antes de entrar me paré ante el llamativo rótulo que presidía la puerta de entrada, donde se podía leer: «No preguntes. El *rock and roll* es la respuesta». El lema ya dejaba entrever los gustos musicales del director del hotel.

Me dispuse a abrir la puerta principal de entrada del hotel con la contundencia y rapidez de alguien que lleva ya un buen rato siendo presa de la adversidad meteorológica del lugar y tiene urgencia por encontrar un sitio donde resguardarse.

Nada más entrar, mi cuerpo empezó a vibrar inconscientemente con la música que ambientaba aquella estancia. Estaba sonando la canción de Creedence Clearwater Revival, «Have you ever seen the rain», pero no la original, sino la versión que hacen de ella los míticos Ramones, sí, ese famoso grupo de punk americano cuyos miembros han muerto todos menos uno, que sigue haciendo interminables giras en solitario. Hablo del batería, Marky Ramone.

El mensaje de la canción no podía ser más directo. La intensa lluvia de la noche invitaba a esa gran descarga de acordes distorsionados que Los Ramones saben hacer como nadie. Cuánta contundencia con esa Mosrite distorsionada rasgada a la velocidad del sonido y esa voz punk, sinusítica, de Joey. De los mejores grupos de *punk rock* de todos los tiempos, sin lugar a dudas.

Con la urgencia de alguien que llevaba ya bastante tiempo con la ropa empapada por la lluvia, me acerqué a lo que parecía ser un mostrador y que, al estar más cerca, descubrí que se trataba de una pequeña mesa de colegio, acompañada por una silla infantil. Algo muy atípico para representar la recepción de un hotel.